

# La cultura mínima como medio de nivelación social y enaltecimiento personal

Extractos de la conferencia de un joven Miguel Santiago, 24 años, en el Centro Obrero de su pueblo natal, Guía de Gran Canaria, el 5 de septiembre de 1930

[...] Yo entiendo por “cultura mínima” aquel grado de comprensión de los problemas individuales y sociales con visión propia e independencia de criterio, sin estar sujeto completamente al pensamiento y criterio de un prójimo que por más arrojado, sugestione a quien le escuche. No quiero con esto decir que una vez obtenida esa cultura de que hablo se crea a todo trance sea su criterio el único aceptable: no, entiéndase bien, hablo solo de una cultura tal que capacite a cada cual para pensar por sí mismo, para entenderse y relacionarse con sus iguales por todos los medios conocidos hasta la fecha y para que le dé a conocer que tras este mar hay otro mar y allá de esta tierra hay otra tierra. [...]

¿Y cómo obtener esa cultura? ¿Cómo llegar a poseer esa independencia personal que da el convencimiento de que intelectualmente se es igual al mejor? Eso es difícil, me diréis; eso cuesta dinero podrán decir ciertas personas; eso impide ganar dinero para poder vivir dirán otras.

Y yo contesto: nada de eso. Para todo, absolutamente para todo hay tiempo más que suficiente, aprovechándolo bien y teniéndolo bien distribuido.

Eso sí, para ello es preciso no perder un momento y comenzar a educar y luego a instruir a los niños, futuros hombres,



En una excursión a Sierra Nevada junto a Elena Páez (1929)

“Soy partidario de que se mande a los niños (al hablar de niño hablo de los de ambos sexos) a la escuela pública a la que aquí llaman la escuela del Rey. Sí señores, es necesario que ya de una vez para siempre se pierda la equivocada y perniciosa visión que se tiene de la escuela pública. ¡Qué error más grande el creer que por el mero hecho de ser “escuela paga” se ha de enseñar allí mejor; nunca lo he podido comprender!”

desde pequeñitos: el resultado será esa cultura mínima de la que os hablo y se obtendrá sin ningún coste... luego cada cual acabará disfrutándola.

Repito que, para obtener esa cultura en la edad debida, es necesario empezar a educar al niño en casa, desde pequeñito, haciéndole distinguir el camino recto, haciéndole comprender desde muy joven cuales son las cosas y los hechos justos y cuales los perniciosos. [...]

Luego, a su debido tiempo también, a la escuela: esta es indudablemente la época más crítica para la vida posterior del niño. Debe procurarse despertar de antemano en él el deseo, el afán de ir a ella. [...]

Soy partidario de que se mande a los niños (al hablar de niño hablo de los de ambos sexos) a la escuela pública a la que aquí llaman la escuela del Rey. Sí señores, es necesario que ya de una vez para siempre se pierda la equivocada y perniciosa visión que se tiene de la escuela pública. ¡Qué error más grande el creer que por el mero hecho de ser “escuela paga” se ha de enseñar allí mejor; nunca lo he podido comprender! ¡Pero señores, si en la escuela pública es donde únicamente se puede llegar a formar un nivel de cultura casi uniforme en su totalidad, lo cual facilita enormemente la comprensión mutua de las Islas! Luego sólo queda el diferente nivel de inteligencia individual que hace que unos vean unas cosas más claras o mejor enfocadas que los otros pero el mínimo siempre llega a todos.

Además que la “escuela paga” como aquí se llama, entraña enseguida una separación social, un ensoberbecimiento de los que a ella van que a nadie más que a ellos mismos es perjudicial... pero por desgracia parece que este problema se agrava cada día en vez de solucionarse... no quisiera hablar más de ello pues es asunto demasiado trillado pero no dejaré de hacer notar que en mis tiempos, cuando yo asistía a la escuela pública (jamás he ido a una escuela paga) había en ella una falange formidable de chicos ansiosos de saber, con una gran vocación por el estudio, con una noble emulación de ser el primero. ¡Con qué delicia lo recuerdo... el pasar un puesto era para comentarlo tres días! Y a

la escuela asistía lo mejorcito del pueblo y allí convivíamos los que usaban calcetín y zapato con los otros que íbamos descalzos... pero allí... allí no había otra diferencia que la del que más sabía... y casi siempre... por qué no decirlo, los que íbamos descalzos... no estábamos a la cola... y luego a la salida de la escuela jugábamos en la plaza o donde mejor nos viniera a cuento, al marro, a la piola o al trompo, pero jugábamos y estudiábamos: ese era nuestro trabajo, ese era el trabajo propio de nuestra edad. [...]

Mirad señores que hablo de la cultura del pueblo, de la enseñanza que se debe obtener en la escuela pública, de aquella que sin coste mayor podemos y debemos obtener todos, pobres y ricos, chicos y chicas; no hablo de la enseñanza superior pues ésta, gracias a Dios, hoy por hoy está muy bien representada y se va desarrollando de una manera sorprendente y halagadora. En nuestro pueblo, eso creo hoy por hoy, parece que solo pueden obtenerla aquellos que tengan posibilidad material. Bien es verdad que habiendo obtenido una suficiente cultura primaria se está preparado para, en cualquier momento, poder llegar a la otra, a la de los potentados: casos se han dado de ello. [...]

La lectura de buenos libros, he ahí el eje de la cultura mínima a que aspiro lleguemos todos.

Pero esa lectura no ha de ser una cosa muerta, que cada cual imagina como un purgante, no, ha de ser vivida, palpitante... compartida con los demás, que cada uno al leer un libro se plantee a sí mismo y a los demás los problemas que el libro por su parte esboza y que entre todos sean resueltos. Otra cosa no daría ningún fruto.

Para poderlo hacer disponéis actualmente en este Centro Obrero de una biblioteca que, aunque incipiente, ya irá creciendo con el esfuerzo de todos. Ah, pero hay que acostumbrarse a mirar el libro como un compañero de la mejor calidad, si no es imposible la cooperación social a este grado de cultura. Mientras se mire al libro como un trasto viejo y que no sirve más que para ocupar un sitio en unos armarios mal se podrá llegar a poder pen-

“Y a la escuela asistía lo mejorcito del pueblo y allí convivíamos los que usaban calcetín y zapato con los otros que íbamos descalzos... pero allí... allí no había otra diferencia que la del que más sabía... y casi siempre... por qué no decirlo, los que íbamos descalzos... no estábamos a la cola”



Alumnos de Miguel Santiago en Tasarte (1925)

sar con discernimiento propio. Hay que ver en cada libro la condensación de la experiencia de un hombre que quizás haya tenido necesidad de laboriosos trabajos para redactar una de sus líneas; hay que ver en ellos una serie de energías en potencia que pueden mover a otros muchos y ponerlos en acción.

Ahora bien, ¿qué libros son los llamados a figurar en esta biblioteca? El problema es de difícil solución ¡hay tantos libros! Pero más lo sería si se tratase de una biblioteca para niños. Aquí no es este caso, creo que por estatutos del Centro se debe tener cierta edad para poder pertenecer a él, así que hay mayor libertad en la elección. Soy partidario de que en una biblioteca de esta categoría existan libros de todos los matices y categorías, siempre que sea digno de llamarse libro aquello que aquí se ponga, pues desde luego no merecen tal nombre libros pornográficos o de banalidades tontas, a esos jamás les he dado tal categoría ni me he ocupado de ellos. Quiero decir, que caben en una biblioteca de un centro como éste desde aquellos con la aprobación eclesiástica (garantía suficiente para que sean morales) hasta aquellos otros que por las ideas de sus autores o el atrevimiento de sus doctrinas pudieran parecer escandalosos a entendimientos pacatos. Si señores, porque parto de la base (si no, cambia la cuestión), de que en la escuela primaria se ha obtenido la suficiente capacidad de discernimiento y el criterio suficiente para leer tales libros con una objetividad y una imparcialidad suficiente para no dejarse arrebatar ciegamente por sus doctrinas.

Bien es verdad que debe haber dos grandes secciones, una de la pura y amena

literatura y la otra de libros de divulgación científica y de controversia, así pueden disfrutar plenamente los espíritus que leen por puro placer y aquellos otros a quienes su inteligencia les lleva a proponer o resolver asuntos sociales o externos a su propia persona.

Soy partidario también de que la lectura se haga en el propio local de la biblioteca para que así el ejemplo de unos estimule a los otros sin que unos molesten a otros pero siempre ojo avizor para consultarse aquellos puntos que unos no comprendan suficientemente.

Creo sinceramente que después de la labor diaria en el trabajo manual puede muy bien dedicarse un rato, media, una hora diaria, a la lectura de buenos títulos, ello servirá de sedante al fatigado en la labor cotidiana. En cambio no creo muy conveniente el que los libros sean sacados del local social: es casi seguro que al llegar a casa después de cenar, único tiempo en que se está en casa en los días laborables, no son precisamente deseos de leer los que acometen a todos... en cambio antes o después de cenar, aquí, al ver a otros leyendo, si no es que se tiene interés propio, casi se anima cada cual a leer. Además, el libro se estropea con los traslados, es más fácil extraviarlo sacándolo de aquí. En fin son muchas las causas que todos comprenden y por ello no me extendiendo, que hacen conveniente sea leído el libro en su propia biblioteca. Así siempre ocurre en Madrid y Barcelona donde en cada barrio o distrito existe lo que se llama una biblioteca popular, aparte de las de las sociedades, donde acudían diariamente después de concluir el trabajo obreros de todos los oficios y edades por centenares y allí pasan leyendo una o dos horas desde los periódicos deportivos a los libros científicos más intrincados. Y por eso no dejan de divertirse, tienen tiempo para todo. Bien es verdad que hay también lo que se llaman bibliotecas circulantes que distribuyen o dejan libros a domicilio pero estas tienen más que todo un carácter comercial y especulativo, aún más, casi quienes más las utilizan son las mujeres.

Este es un punto, la lectura de la mujer, por sí solo merecedor de una conferencia concienzuda y seria y por eso solo lo apunto. Desearía que algún otro, u otra, preparándose lo suficiente, lo acometiera y expusiera pues que el asunto lo vale. Queda apuntada la idea.

Con esto concluyo señores. ◀

“En Madrid y Barcelona donde en cada barrio o distrito existe lo que se llama una biblioteca popular, aparte de las de las sociedades, donde acudían diariamente después de concluir el trabajo obreros de todos los oficios y edades por centenares y allí pasan leyendo una o dos horas desde los periódicos deportivos a los libros científicos más intrincados”